

FEDERICO SILVA ROJO

ANDRÉS EL
LEGIONARIO

NOVELA



Tip. "DIARIO"
Buenos Aires 36.--Las Palmas
1931

Dedicatoria:

A la memoria de los que tanto
amé,



Galarosa es uno de los pueblecitos más pintorescos y bellos de la provincia de Sevilla. Enclavado en un risueño valle, sus casitas blancas semejan una bandada de palomas trepando hacia arriba, hacia la cumbre, donde aún existe el viejo Castillo, que un tiempo sirviera de refugio a los moradores del valle, de la frecuente correría de la morisma.

Por el fondo del valle, las notas de cristal de un riachuelo discurren alegremente cuyas aguas límpidas y transparentes surten al pueblo. Para cruzar este riachuelo de una parte a otra del pueblo, hay varios puentes de madera y uno muy hermoso de mampostería, por el cual pasa

la carretera que va de Sevilla a Huelva. Bajando hacia Sevilla, a la izquierda, hay una plaza hermosísima rodeada de laureles centenarios, donde los domingos y días de fiesta, las muchachas galarosanas pasean en grupos realizando con su belleza los encantos del paisaje.

En frente de la plaza, al otro lado de la carretera, hay un Bar, donde los pocos ociosos del pueblo pasan las horas leyendo los periódicos de la capital o las revistas madrileñas, entre sorbos de un dudoso moka y copitas de Cazalla, el delicioso licor serrano.

Por las noches, este café pueblerino, triste y callado durante el día, se llena de gente de buen humor, durando las juergas, las vísperas de los días de fiestas, hasta altas horas de la noche, retirándose todos antes del día, temerosos de que alguien pueda sorprenderles en plena algazara. Algunas veces, dos o tres jóvenes, los más atrevidos, caballeros en sendos machos, van a Aracena, pueblo cercano a Galarosa, y traen varias muchachas de vida equívoca que dan cierto

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

encanto a la fiesta con sus procacidades campesinas. Esto tan natural y lógico en los pueblos grandes y capitales de provincia, en estos pueblecitos de costumbres patriarcales levantan tempestades de protesta. El Cura del lugar, el domingo, y después de la misa mayor, larga sus sermonetes anatematizando el relajamiento de las costumbres de la capital y de paso censura la conducta de los jóvenes, que poco a poco van implantando en el pueblo los vicios nefandos de la capital, donde Satanás ha establecido sus reales.

Durante algún tiempo, los jóvenes calaveras no tienen entrada en las casas donde hay muchachas solteras y hasta sus familiares sienten cierto malestar hacia ellos; luego, pasado algún tiempo, aquello se va olvidando y la estimación de todos vuelve hacia los atrevidos.

En estos pueblecitos de la sierra las costumbres son sencillas y democráticas. La ancianidad está revestida de todos los prestigios, las

mujeres son respetadísimas, rindiéndoselas pleno vasallaje por su bondad o belleza.

El clima de Galarosa, como el de casi todos los pueblos de la sierra, es ideal en verano y muy templado en invierno.

La principal riqueza del pueblo son sus nogales y sus perales frondosos, cuyos productos son exportados a la capital, donde alcanzan elevadas primas por su bondad y presentación. En Galarosa se rinde culto al árbol, que es lo que da el pan, la vida a sus habitantes.

¡Pascua de Resurrección! ¡Domingo de gloria! Las viejas campanas al vuelo anunciando la buena nueva! Luisa, la hija del tío Juan, del brazo del alcalde de Aracena, tío del novio, padrino de boda, vestida de blanco, algo pálida por la emoción, pero siempre hermosa, penetra en la vieja iglesia, seguida del cortejo nupcial formado por las muchachas más bellas del pueblo. Pedro, el hijo del tío Pablo, endomingado, dando el brazo a la madrina, llevando detrás a to-

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

dos los notables de la villa, pues tanto ella como él, eran de los más ricos del lugar.

Terminada la ceremonia, esas ceremonias pueblerinas largas y pesadas, los novios y demás invitados pasaron a casa del tío Juan, donde se sirvió un espléndido almuerzo, mientras abajo, en las galerías, siguiendo antiguas costumbres, se colocaban mesas y bancos donde se servía a todos los que quisieran honrar el acto, rodajas de chorizos, queso, jamón y dulces, todo ello rociado con vinillo añejo traído de Villa Nueva de Arizcal.

Al atardecer, los novios acompañados del mismo séquito de la mañana, se trasladaron a su nueva morada, donde la costumbre impone que ellos obsequien a todos con una gran cena, terminada ésta, cada cual a su casa y a trabajar al otro día, aumentar la hacienda, para poder sostener a los hijos que vengan.

Luisa y Pedro eran felices, jóvenes, guapos, en buena posición económica, base de la feli-

cidad humana; ni la más ligera nube empañaba el cielo de su matrimonio.

Pedro era de natural un poco violento, algunas veces por cuestiones de la labranza se enfadaba con sus trabajadores o mayordomos, pero ante la serenidad, ante la bondad de su mujer, su frente se desarrugaba, concluyendo por perdonar a todos y estrechar a su mujercita entre sus robustos brazos, con tal fuerza, que Luisa, media enfadada, le decía: "Pero, hombre, no aprietes tanto que me vas a reventar". Y como podía se desprendía de sus brazos y corría a sus habitaciones; él la seguía y al alcanzarla riendo a carcajadas, la levantaba en alto, después con ese cuidado con que cogemos los objetos muy frágiles, la sentaba en sus rodillas y la colmaba de mimos y caricias. La gran preocupación de Pedro era el hijo. Necesito que me des un hijo. Un hijo fuerte y robusto como yo, como nosotros. Desde que pueda caminar me lo llevo al campo, no quiero que sea un señorito, sino un labrador, como yo. Como sus abuelos.

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

No quiero que mi hijo sea abogado ni político, truchimanes que viven del trabajo de los demás; no, el que no quiera ser labrador que estudie, pero una carrera, cuyo trabajo sea un bién para los demás, cualquiera que sea, pero abogado, no, ni político; tanto uno como otro viven del egoísmo de los de arriba y de la ignorancia de los de abajo...; y señorito del pueblo, o de la ciudad, parásito que vive de sus rentas, menos; la ociosidad no trae más que vicios; mi tío, el de Aracena, con veinte años menos que mi padre, no puede con sus vicios, con sus achaques; todo ello se lo puede agradecer a las frecuentes visitas que hace a la capital; mi padre con sesenta años, a las seis de la mañana, aparece su macho y se va al campo, a vigilar a sus trabajadores; tu padre, más viejo aún, monta un potro, con más seguridad que yo...

En cambio ella, Luisa, quería una hija. Los hombres—decía—no pedís sino para vosotros, sois tan egoístas, que jamás os acordáis de nosotras. Tu ves que no paro un momento, que me

estoy acabando de tanto trabajar, no importa que tenga dos o más criados, esto es motivo más de preocupación; raro es el día que la planchadora no me quema alguna pieza de ropa y no le digas nada, pues si se marcha, sabe Dios cuando conseguirás otra, y eso que yo, sea por mi carácter, o, por lo que sea, no las obligo como hacen otras y sin embargo, tú, no sabes los sinsabores y disgustos que me dan; tengo que estar en todo, pues si lo dejan por cuenta de ellos, arreglada estaría... Si Dios me oye, que me dé una hija, no solo para que me ayude en los quehaceres de la casa, sino para que tú estés bien atendido, pues si hoy me tienes a mí, que no te olvido, que procuro adivinar tus pensamientos, que procuro satisfacer tus menores deseos, mañana seremos dos a cuidarte, pues lo primordial es que tú no pierdas la salud, que al volver de tu trabajo lo encuentres todo dispuesto, arreglado, pues estando el jefe de la casa bueno, contento, todo marchará bien... Eso

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

yo sola no lo puedo hacer; hoy, sí pero mañana, cuando lleguen los hijos, no.

Estas discusiones, eran el tema de todas las veladas, desde que un día, Luisa, llena de alegría, toda emocionada, le dijo a Pedro que estaba en cinta. ¡Qué días, que semanas, que meses más largos aquellos...! Por fin, una tarde, Luisa se sintió un tanto indispuesta. Su madre ordenó que llamaran a la tía Mariquita, la partera, y que arreglaran todo lo necesario, pues su hija no tenía otra cosa que el malestar, los primeros dolores del parto.

Cuando llegó Pedro, enterado de lo que ocurría, pasó a la alcoba todo conmovido, en cuya cama matrimonial yacía Luisa, animosa y sonriente, aunque un poco pálida. Pedro mandó por el médico, aunque la partera aseguró que el parto venía bien. El no se conformó, quería que al lado de su mujercita estuviera el médico y si fueran dos, mejor que uno, y de ser necesario iría a Aracena, cuyo médico decían que era una notabilidad. Cuando llegó el médico

del lugar, un viejecito muy bueno y simpático, registró la enferma y certificó las palabras de la partera. El parto, dijo a Pedro, viene muy bien y dentro de una hora será usted padre.

A la hora indicada, Luisa tuvo un fuerte dolor y segundos después, calladamente, silenciosamente, dió a luz una robusta niña. Cuando se lo dijeron a Pedro, éste, loco de alegría, quería entrar en la alcoba y abrazar a la madre y a la hija... No era un niño como él quería, pero qué importaba; lo principal era que no vinieran complicaciones, que tanto la madre como su hija quedaran bien, que ya su mujer le daría el hijo deseado... Pedro no cabía en sí de gozo. ¡Un hijo! ¡Tenía un hijo! Desde aquél día en adelante, sus afanes, su ruda lucha con el trabajo, tenía un motivo, un fin: ¡trabajar hasta reventar por el hijo amado!... Y pleno de alegría, de una alegría que rebosaba por todos sus poros, una alegría contagiosa de niño grande, reía de todo, daba bromas a todos los de la casa, y él, que nunca se había fijado en las bellezas

del paisaje, quedó encantado del aspecto del pueblo, a la luz crepuscular y hasta le pareció que las primeras estrellas que iban apareciendo en el cielo brillaban más que otras veces... Cuando el bueno y simpático D. Pepito—como llamaban todos al médico—quiso marcharse, por no ser sus cuidados necesarios, Pedro se opuso a ello. He oído decir, decía Pedro, que muchas mujeres que quedaron buenas del parto, a las cuantas horas se le presentaron complicaciones que dieron al traste con ellas; seamos previsores. “Usted se queda en casa, donde usted quiera, pero aquí”. No hubo forma de convencer a aquél niño grande y don Pepito hubo de quedarse.

Padrinos de la neófito, iban a ser los padrinos de boda; pero la tía Antonia—vieja viuda sin hijos que casi todo el año se lo pasaba en Villa Lita, finca hermosísima situada a dos kilómetros del pueblo—, se opuso a ello. La madrina sería ella. Le había pedido a la Virgen María que su sobrina tuviera una niña y su Virgencita, tan buena con ella, la había oído.

por cuyo favor le levantaría una ermita en Villa Lita. Y no hubo otro remedio, pues ante el deseo reiterado de la vieja dama, los padrinos de boda hubieron de ceder. Además, la buena tía Antonia, sin herederos forzosos, había dejado entrever la posibilidad de hacer a su ahijada un espléndido regalo, y aunque nadie sabía en qué consistiría éste, no obstante dada la posición económica de la dama, todos creían que sería digno de ella.

Pedro quería que su hija se llamara como su madre, Luisa; pero la vieja señora dijo que su ahijada se llamaría como la hija que ella tuvo y murió, Liberata. Fué inútil todo y la niña se le impuso el nombre de Liberata. La tarde del bautizo, que fué un acontecimiento, por el número de invitados, la vieja señora obsequió a todos espléndidamente, en la casa de su sobrina, y cuando mayor era la animación, cuando en la amplia sala no cabía una persona más, el viejo mayordomo de la señora avanzó hacia la madre de la recién bautizada y con voz un poco

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

temblorosa por la emoción, dijo: "Señora, por **encargo** de mi señora ama, hoy he entregado al **notario** de Aracena, debidamente legalizada, la escritura de la finca Villa Lita, a favor de vuestra hija Liberata Amores y Olmo, cuyas rentas desde hoy figurarán a nombre de la niña; éste es el regalo de mi señora a su ahijada." La emoción, la sorpresa en todos fué indescriptible, pues Villa Lita no sólo era la mejor finca del pueblo, sino que estaba considerada como una de las mejores de la provincia. Luisa, con los ojos arrasados de lágrimas, se abrazó a su tía. Pedro, todo confuso, no sabía como expresar su contento, y estrechaba fuertemente la mano de la vieja dama. Esta, apoyada en su mayordomo, se despedía de todos, no sin antes recomendar a Luisa que le llevara la niña cada vez que pudiera, pues ella, debido a sus achaques y al maldito reuma, rara vez salía de sus habitaciones, y si aquel día había hecho aquel esfuerzo, era por haber oído su Virgencita su ruego.

El rasgo de la vieja dama fué muy comentado en el pueblo. Poco a poco fueron conociendo los detalles de la donación. Liberata, entraría en posesión de la finca a los veinte años; desde luego, todas las rentas líquidas se pondrían en el Banco a nombre de ella, y desde aquel momento la servidumbre le guardaría las consideraciones de ama. La administración de la finca, hasta la antedicha edad, correría a cargo del padre de Lita, del alcalde del pueblo y del notario. A los veinte años se le entregaría la finca y las rentas, pudiendo ella disponer a su antojo de ella, sin tener que darle a nadie cuenta de sus actos.

Lita, como todos la decían, se crió robusta como un nogal. Jamás dió una mala noche a sus padres, pero con su robustez creció su fealdad. La pequeña era fea, feísima, sólo sus ojos eran bonifos, unos ojos grandes, negros, de sedosas pestañas, cargados de ensueños... A los seis años, como los pequeños de la escuela le echaran en cara su fealdad y hasta algunos la mal-

ANDRÉS EL LEGIONARIO

trataran, su madre, que sentía gran cariño hacia ella, trató de ponerla una profesora, pero la tía Antonia, dijo que se la llevaría consigo y ella se la pondría, evitando así una carga para la familia. Doña Amelia, fué para Lita, no solo una profesora ideal sino una madre. Mujer inteligente y buena, tomó con gran interés la educación de la pequeña, enseñándola a coser, bordar, tocar el piano, algo de pintura y todas las labores propias de una señorita, tanto que si hubiera tenido que ganarse la vida, no hubiese encontrado dificultad alguna para encontrar colocación de mecanografía, en escritorio.

La vida en pleno campo, en compañía de aquellas dos buenas mujeres, que tanto la querían, marcó un rumbo distinto en el alma de Lita, del que seguían sus hermanos y demás señoritos del pueblo. Alejada casi por completo del cariño de los suyos, desde muy pequeña, sólo sentía gran estimación por su madre, que con frecuencia iba a verla. Su padre, no dejaba de quererla, pero desde que nació el hijo ama-

do, todos sus mimos fueron para éste y paso a paso fué olvidándose de Lita, pasando meses y meses sin verla.

Tendría Lita diez y siete años, cuando la buena tía Antonia murió; tanto ella como doña Amelia lloraron la muerte de la anciana señora, con verdadero dolor. La madre de Lita, quiso llevar ésta al pueblo, pero ella rogó a su madre que la dejara allí y la madre cedió. Pasado el luto, la vida de Lita cambió radicalmente. Se levantaba muy temprano y en compañía de su antigua profesora, investida con el cargo de ama de llaves, arreglaba la casa, cuidaba sus flores, sus pájaros, hasta la hora del almuerzo. Concluido éste, cojía el bordador y bordaba largo rato, o tocaba algo al piano. Por la tarde, después del té, daba grandes paseos por la finca o por la carretera en dirección a Cortejana, acompañada de su vieja amiga y protegida por un fuerte "dog" inglés, que había comprado a un comisionista de la casa Diana, de Alemania. Al pueblo casi nunca iba, pues los chismorreos

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

de las amigas le producían un gran malestar y una gran pena, pues veía con dolor que ninguna estaba contenta con su suerte. Lita, con esa clarividencia de las almas superiores, pequeña aún, se dió cuenta de su fealdad; no se quejó de su desgracia; ya mujer, comprendió que no debía soñar con el amor. Esto al principio le dió una gran pena y una tristeza infinita invadió su alma; pero no una de esas tristezas que llevan a la anemia, a la locura; no renunció al amor con esa pena con que las almas bien templadas renuncian a lo imposible...

A los veinte años tomó posesión plena de la finca. Su forma de vida cambió poco; por la mañana montaba en su cochecito y recorría aquella parte de la finca donde tenía trabajadores inspeccionándolo todo, enterándose personalmente de las necesidades de los cultivos, así como de las aspiraciones de sus trabajadores. Lita, conocedora de la vida, subió los jornales a todos sus peones y peonas, en contra de la voluntad de los ricos del pueblo, que entera-

dos de ello, fueron en comisión a verla para hacerla desistir de sus propósitos, que perjudicaban sus intereses. Lita los recibió muy amablemente, oyó sus razones y al terminar les dió a entender con una delicadeza encantadora que ella era dueña de hacer lo que le diera la gana, y que tanto, material como moralmente, no admitía más consejero que su conciencia, con la cual se llevaba admirablemente. Además, yo soy una esclava de los números y éstos me dicen que mi ganancia no está en relación ni mucho menos con lo que pago por jornales; por lo tanto, mis trabajadores percibirán el doble de jornal de hoy y todavía es poco para pagar el esfuerzo del obrero que cumple con su deber. La comisión salió poco contenta de la entrevista con la dama, pues la chifladura de ésta—eso decían ellos—iba a trastornar a los obreros de la comarca. Por su parte, Lita no sólo aumentó los jornales a sus trabajadores, sino que les anunció que todos los que llevarán un número determinado de años en la fin-

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

ca, se les daría terrenos para que los cultivaran por su cuenta y lo mismo haría con los que se casaran con algunas de sus trabajadoras, cuyo dote corría a su cargo. Esto hizo que a la vuelta de muy pocos años se formara al norte de la finca una pequeña colonia, convirtiendo unos terrenos áridos y malos en un pequeño vergel, que si bien beneficiaba a sus cultivadores, también era en provecho de Lita, que recibía la tercera parte de las cosechas. Y Lita, sin alharacas, ni bombos ridículos, iba realizando una gran labor social y cristiana, y era hermoso ver cómo aquéllos campesinos, rudos, tostados por el sol, acudían a la capilla de la finca a oír los ejercicios piadosos sin excitaciones de nadie, sino por su libérrima voluntad. Todos los domingos, después de la misa, Lita les daba un espléndido desayuno, enterándose al mismo tiempo de la marcha de sus negocios. La fama de buena, de caritativa, de bondadosa, de la dama, se extendió de tal forma por la comarca, que todos los trabajadores querían ir a traba-

jar a Villa Lita, siendo tantas las recomendaciones, que Lita se vió en la necesidad de hacer un listín para colocarlos por antigüedad.

Varias veces, el padre de Lita había hablado con ésta de la conveniencia de que el hermano de ésta se hiciera cargo de la administración de la finca; pero élla se negó siempre a ello, pretextando que la administración era tan sencilla que más bien era un entretenimiento que una carga.

Lita se rodeó en su finca de todas las comodidades. Poco a poco adquirió una gran biblioteca de autores españoles y extranjeros. Compró cuadros y dibujos de Romero de Torres, de Zuloaga, Zubiaurre, Penagos, Bartolozzi, Ochoa, caricaturas de K-Hito, Antequera, Azpiri Bagaría...; se suscribió a las mejores revistas peninsulares, tanto literarias como de moda. Rara vez salía, pero no obstante vestía siempre con suma elegancia. Sus hermanos le decían que para qué iba tan elegante si casi nunca iba al pueblo, a lo que ella contestaba. "Sí, es verdad,

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

no voy casi nunca; sin embargo, me visto así no solo porque me gusta, sino porque espero a alguien que me vea y admire. Todas las mujeres—unas más, otras menos—somos coquetas y esta nuestra coquetería va dirigida a él, al hombre, mejor dicho al ideal que una se forja allí en lo más recóndito de nuestra alma. ¿Llegará alguna vez el hombre que haga vibrar nuestro corazón? ¡Quién sabe! Pero entre tanto, tanto yo que sé que soy fea, como ustedes que no lo son, seguiremos vistiéndonos lo más elegante posible, mirándonos al espejo, arreglándonos este o aquel rizo, hasta que venga la vejez, los achaques y con ellos la muerte de nuestras ilusiones y de nuestros sueños de amor y felicidad”:





II

Andrés Suárez, con su traje de corte irreprochable, sus botines, su flor en el ojal y su título de abogadete en el bolsillo, causó una verdadera revolución entre las muchachas galarosanas. Los primeros días todos se desvivían por agasajarle, no quedando casa en el pueblo, de regular posición, donde no almorzara o cenara el joven abogado. Las muchachas excitaban a sus hermanos o amigos, a que organizaran giras y bailes, en honor de Andrés Suárez, que fino, correcto, aceptaba el agasajo, resistiendo heroicamente los asaltos de aquellos diablillos rubios, morenos, cuyos encantos ponían a contribución para pescar al flamante doctor en Le-

yes. Pero éste, con diplomacia exquisita iba sorteando todos los escollos con la pericia de un viejo marino, en los mares borrascosos del amor... Al fin, como si todas se hubieran puesto de acuerdo, cesó el entusiasmo por Andrés Suárez y éste pudo dedicarse a sus dos grandes aficiones: a leer y dar grandes paseos por la sierra, y de los cuales la maldita carrera le habían tenido tanto tiempo alejado.

Andrés Suárez y Pinto, era hijo del tío Andrés, el del Castillo, llamado así porqué muchos años antes había comprado al Gobierno en pública subasta, el viejo Castillo y los terrenos anexos al mismo, por una cantidad irrisoria y de cuyos terrenos áridos y pedregosos, el tío Andrés había hecho, a fuerza de trabajos y férrea voluntad, una gran finca, que dos años antes una casa inglesa quiso comprar ofreciéndole cien mil duros.

El tío Andrés, no era del pueblo. Por su forma de hablar, el médico del lugar decía que de-

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

bía de ser vasco. Otros, por el contrario, afirmaban que era gallego, otros que catalán; lo cierto es que nadie sabía a punto fijo de dónde era, y una vez que le preguntaron cuál era su pueblo contestó de un modo poco cortés: “Soy de España, Español como V...” De su vida anterior tampoco se sabía nada, pues aunque el Secretario del Ayuntamiento—la Gaceta del pueblo—decía saber de buen origen que el tío Andrés había sido Cow-boy en América, pampero en la Argentina, cazador de leones en Africa y buscador de oro en Australia, nadie le hacía caso, pues el tío Andrés jamás contó a nadie su vida anterior. Lo único cierto era que tenía mucho dinero a juzgar por el número de trabajadores que había metido para el desmonte de aquéllos terrenos, que nadie había querido comprar por considerarlos improductivos; pero que más tarde sintieron cierto rencor hacia aquél hombre, que a fuerza de dinero, de trabajos sin cuento había creado una de las más ricas propiedades de la provincia. Un día el tío Andrés—

era un trabajador más entre sus peones—observó que entre las muchas peonas que con sus cestas a la cabeza trasegaban tierra de un lado a otro, había una que, por su porte señorial, se veía que se había criado en otro ambiente distinto a sus compañeras de trabajo. El tío Andrés, se informó por la encargada que aquella muchacha era hija del maestro de escuela de la villa que, ciego, viejo y pobre, no tenía otro amparo que aquella hija, que ante la miseria de sus pobres padres no había dudado en trabajar como las demás muchachas del pueblo, para llevar un poco de pan a su casa, y supo también que al llegar a su casa, rendida de fatigas, por la dura labor realizada, se ponía a la máquina a coser ropa ajena, hasta que caía rendida de sueño. Andrés Suárez, no se anduvo con rodeos, la llamó y la dijo que si quería ser su esposa. Amparo—así se llamaba la muchacha—quedó al pronto sorprendida, pero rehecha enseguida, miró a Andrés con una mirada larga y húmeda, llena de promesas sin fin, sus labios

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

no dijeron nada, pero sus ojos y el rubor de sus mejillas contestaron cumplidamente. Amparito no volvió más al trabajo. Durante dos meses, albañiles, carpinteros y albeadores, trabajaron hasta horas extraordinarias para poner el castillo en condiciones de habitabilidad y días después se celebraba la boda de Andrés Suárez con Amparito Pinto.

Fué una boda sin algazara, sin ruido, a la cual solo concurrieron contadas personas. Aquélla boda fué muy comentada en el pueblo. Los padres de Amparito dieron gracias a Dios por la suerte de la hija amada y por verse en las postrimerías de su vida rodeados de todos los cuidados. Un año más tarde vino al mundo Andrés y la felicidad fué completa en aquélla casa.

Al principio, el pueblo, es decir cierta clase del pueblo, sintió cierta prevención hacia el tío Andrés, pero al observar que solo se ocupaba de su trabajo y su casa y cumplía fielmente con sus compromisos empezaron a sentir cierta estimación por él, llegando a ofrecerle la Alcaldía

del pueblo, honor que él declinó alegando que no tenía ni condiciones ni tiempo para éllo.

Un hecho en el cuál demostró ser un hombre de cuerpo entero acabó de grangearle la estimación de todos los vecinos.

Desde hacía tiempo venía campando por sus respetos un ladronzuelo apodado "el niño de las Pecas" por ser muy pecoso. Este niño de las pecas, daba un golpe y después parecía que se lo tragaba la tierra. A cada golpe de este dichoso *nene*, la Guardia civil, daba una batida por la sierra; todo inútil y cuando todos creían que había emigrado a otra comarca o país, un nuevo golpe llenó de atrevimiento y audacia lo ponía de actualidad. El procedimiento de este ladronzuelo era viejísimo. Un día, el propietario H o B, recibí una carta por correo o se la en contraba sobre la mesa y en la cual se le rogaba que en tal o cual sitio pusiera mil pesetas, que él, se encargaría de recoger. Por lo general el sitio señalado era el más intrincado de la Sierra. Un propietario que avisó a la Guardia

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

civil, solo consiguió ver con dolor, a los cuatro días, talados sus mejores nogales, y otro que se negó a dar la cantidad exigida corrió igual suerte; aquéllo sirvió de escarmiento y hoy uno, mañana otro, todos fueron pagando su tributo al implacable bandolero.

Una tarde, el tío Andrés, recibió la consabida cartita, no dijo nada a nadie y al día siguiente, seguido de sus dos fieles mastines fué al sitio convenido y dejó el dinero y sin mirar ni escudriñar nada volvió por el mismo camino, pero conocedor de la sierra como si fuera su casa, lejos de donde dejara el dinero echó por sendas y atajos, solo frecuentados por los lobos y al pié de cierta cueva, casi invisible se escondió y esperó. La espera fué larga, pero al fin apareció el "niño de las pecas", alegre y confiado, cuando algo silbó en sus oídos y un cordel fino, pero fuerte se anudó a su cuello derribándolo en tierra. Andrés, salió de su escondite, aflojó el lazo y dijo al bandido: "Ahora charlemos un rato" La calma, la serenidad de aquél hombre,

intimó al bandido, que aunque valiente comprendió que aquel hombre lo era más que él —Bueno, Vd. dirá—dijo el ladrón.

Bién: no he hecho esto para quitarte el dinero que he puesto en el sitio que me exigiste, no, he venido a darte un consejo: eres joven, eres valiente, si quieres yo puedo arreglarte tus papeles y te embarcas para América, para donde quieras. Por este camino no encontrarás sino la horca o un tiro de la Guardia civil, ahora adiós y dentro de dos días aguardo tu resolución... Dos meses más tarde el niño de las pecas, embarcaba para el nuevo mundo. ¿Quién contó la aventura? Fué la madre del bandido que un año después embarcaba para el Brasil, llamada por su hijo convertido en una persona decente, muy estimado por sus jefes que tenían en él una gran confianza.

Cuando se supo esta aventura del tío Andrés, el pueblo sintió por él, una gran simpatía, pues el valor de aquél hombre había libertado a la comarca de aquél terrible bandido que por su

A N D R E S . E L L E G I O N A R I O

sagacidad y valentía tenía a todos metidos en un puño.

Otro cualquiera habríase pavoneado por el pueblo recibiendo felicitaciones y enhorabuenas, pero el tío Andrés no; siguió la vida de siempre, su casa y su trabajo eran todo su encanto.

Desde que el pequeño Andrés tuvo seis o siete años el tío Andrés no tuvo otra preocupación sería, sino qué haría del chico. Casi todas las veladas Amparito y su marido trataban de este asunto. A mí—decía Amparito—me gustaría que mi hijo fuera médico. Ejercería aquí y viviría con nosotros. Militar no quiero, podían matármelo en la guerra ¡hijo de mis entrañas! Médico—decía el tío Andrés, no es mala carrera, no, pero es mejor abogado, un abogado regular cobra más por una minuta que un médico bueno por cien recetas.

A los diez años Andrés ingresó interno en los Escolapios, donde hizo el bachillerato con muy buenas notas, y más tarde siguió la carrera de Leyes. Andrés fué lo que se llama un buen

estudiante, no sacaba notas brillantes pero tampoco le suspendieron. Cada día le gustaba menos la carrera, en cambio sentía una gran afición por el periodismo. Sus artículos sobre sociología empezaron a llamar la atención y un gran periódico madrileño solicitó de él una colaboración fija pagándosela bastante bien. Con respecto a como se pagaba en España las colaboraciones. Al terminar la carrera, Andrés era redactor de uno de los periódicos más importantes de la capital Andaluza y considerado como uno de los jóvenes de más porvenir de la región.

Al dejar las aulas, Andrés, sintió un gran alivio, se despidió del periódico, de sus compañeros y amigos y se marchó al pueblo. Allí, pasados los agasajos de los primeros días, se entregó a sus dos aficiones favoritas, leer y dar grandes paseos por el campo. Tiempo tendría de volver a la ciudad a conquistarse un nombre. Fortalezcamos el cuerpo viviendo en pleno campo, que más tarde tendremos tiempo de con-

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

quistar un nombre en el foro, aunque en realidad tenía bién pocos deseos de éello.

Los agasajos que recibió al llegar al pueblo lo desconcertaron un poco y hasta llegó a intimar con algunos señoritos del lugar, pero antes los chismorreos e incultura de aquellos muchachos, se fué alejando hasta romper todas las relaciones con éellos, recluyéndose en su casa, de donde solo salía para dar grandes paseos por el campo seguido de sus dos fieles mastines "Litri" y "Bocacha".

Un día, su padre, que padecía del corazón, murió casi de repente en los brazos de su Amparo y de su hijo. Aunque viejo, aunque el golpe era esperado, la muerte de aquél hombre bueno y generoso, afectó tanto a Amparito, que ni los consuelos del hijo amado ni los consejos de amigos y deudos, pudieron mitigar la pena de aquél corazón todo amor y ternura y unos cuantos meses más tarde moría de dolor y tristeza pensando en el hombre que tanto había amado.

Fué una tarde luminosa y serena de fin de

Otoño. El Sol próximo al ocaso desfallecía en brazos de las primeras sombras de la noche, entre nubes de púrpura y oro. A lo lejos, la carretera parecía una cinta de plata atravesando un mar de verdura. La esquila de un rebaño rompía el silencio augusto de la tarde, cuyo tintineo repetían los roquedales de la sierra cada vez más lejano. Una copla resbaló por el azul...

Por los ventanales de la estancia abierta de par en par entraba en oleadas invisibles el perfume de tomillos y mejoranas, inundando de fragancia la habitación de la enferma...

Andrés, sentado a los pies de la cama de la enferma, veía como el dolor y la pena por el esposo amado, iba acabando con aquella naturaleza, un día fuerte y robusta, a pesar de sus cuidados y desvelos.

La enferma viendo venir a la Intrusa, daba consejos al hijo amado para el porvenir. "Cuida, hijo mío,—le decía—de la hacienda que te dejara tu padre. hace veinticinco años, esto era un erial, terrenos incultos que nadie qui-

ANDRES EL LEGIONARIO

si comprar y que la constancia y la voluntad de hierro de tu padre convirtieron en el jardín que es hoy; acuérdate siempre que él no tuvo otros amores que su trabajo y su casa; imítale en todo y sé en todo momento digno de aquel que te dió el ser. Mi vida toca a su fin; vas a quedar solo; no quiero imponerte mi voluntad después de muerta; pero hay en el pueblo una mujer que es digna de tí: Lita. Es fea, pero su corazón es tn grande que no le cabe en el pecho... La noche había cerrado por completo; Sirio brillaba en el azul como un sol. Andrés notó como las manos de su madre se enfriaban y se abrazó a ella, mientras las lágrimas empezaro na afluir a sus ojos silenciosamente, calladamente...

Durante un mes y pico estuvo Andrés bajo la acción de una tremenda crisis nerviosa. Al fin, su juventud y los exquisitos cuidados de su ama de llave, vieja señora, parienta de su difunta madre, vencieron la peligrosa enfermedad; una vez da da el alta por el viejo doc-

tor que le viera nacer, reanudó su antigua vida. "Pase usted—le dijo el médico—; todo el tiempo que pueda al aire libre; nada de lecturas ni se preocupe por ahora de nada; una recaída sería poco agradable para usted. Mucho sol, aire, buena alimentación y no pensar en nada y dentro de tres meses está "más fuerte que un roble"...

Andrés siguió al pie de la letra los consejos del viejo doctor. Muy temprano tomaba un buen desayuno y seguido de sus fieles mastines se iba sierra adelante hasta las once, que volvía para almorzar. Muchos días ponía unas viandas en un morralete y cuando era hora, almorzaba en plena sierra, al pie de alguna fuente o arroyo; luego se tendía un rato y dormía como un bendito, guardado por sus fieles canes. Esta vida le hizo recobrar pronto las fuerzas perdidas, y a los cuatro meses de llevar este régimen, Andrés se encontró capaz de domar un toro salvaje.

Una tarde, cansado de andar por cerros y

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

vericuetos, bajó a la carretera para volver por ésta a su casa. La noche anterior había llovido mucho. Los cercados con trigales a media altura parecían tableros de esmeraldas. Las hojas de los nogales brillaban al sol como laminitas de plata. El ambiente era tan sutil, era tal la serenidad del cielo que daba deseos de volatizarse... Andrés, impresionado por la majestuosidad de la tarde, caminaba abstraído sin darse cuenta que había variado el camino a seguir. Al fin, todos los pensamientos que bullían en su cerebro fueron traducándose en preguntas. ¿Qué rumbo dar a su vida? Hasta allí, jamás se había ocupado de otra cosa que de su carrera y aficiones literarias, más de éstas quede aquélla; pero la muerte de sus padres le había puesto frente a la vida con toda su enorme realidad... ¿Se quedaría allí, en el pueblo, cuidando de su hacienda, emborrachándose los domingos y días de fiesta, como hacía la gente seria, o iría al café por las noches con los señoritos del pueblo a correrla

con cuatro pindongas zafias y mal olientes, o se casaría con alguna señorita del pueblo, que le cargaría de hijos y que a los treinta años, gorda y bigotuda, sería un constante desafío a la infidelidad? Y ante la inmensidad de la tarde callada, se vió tan solo, tan pequeño, que una angustia norme anudó en su garganta y un deseo de volatizarse, de deshacerse en la tarde luminosa y serena, invadió todo su ser...

Una voz, fresca y juvenil le sacó de su abstracción. Levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con dos ojos negros, y unos labios rojos y frescos, repitieron las palabras de antes: ¡Pero hombre de Dios! ¿Dónde va usted por ahí?

—Perdón, señora, señorita, venía tan distraído, que he truncado el camino; una vez más le ruego meperdone; créame que siento haberla molestado; mi intención...

—Vaya, hombre, no se disculpe usted más: una distracción la podemos tener todos; la co-

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

sa no vale la pena; además, si se tratara de un desconocido...

—Entonces, ¿usted es del pueblo?

—¿Pero de verdad no me conoce usted?

—No señorita; como he faltado tantos años de aquí...

—Pues de chico, bien que me defendías de los demás muchachos. ¿No se acuerda usted de Lita?

Lita... cástate con Lita; su cara es fea, pero su corazón es tan grande que no le cabe en el pecho.

—¿Qué dice usted, Andrés?

—Nada..., es decir, recordaba ciertas palabras de mi buena madre; ella la quería a usted mucho; no sabe usted cuánto me alegro de este encuentro.

—Y yo. Me han dicho que es usted un muchacho inteligente. ¡Y aquí es tan difícil departir unos segundos con una persona medianamente culta! Si a usted le parece, podemos tomar un poco de té. Yo lo tomo todos los días,

a las cuatro; hoy me he entretenido un poco, pero no importa. Lo tomaremos ahora, y he hablado en plural, sin saber si a usted le gusta o no.

—A mi—dijo Andrés—el té me encanta y tomándolo con una mujer tan bondadosa, tan amable como usted, cada sorbo me parecerá el néctar que los dioses tomaban en el Olimpo heleno...

—Veo—dijo Lita sonriendo—que es usted muy hábil.

—¿Por qué, Lita?

—Porque no ha caído usted en la vulgaridad de llamarme hermosa, y me alegro, porque le habría llamado embustero.

—Y habría cometido usted una injusticia con usted y conmigo; pero temo entablar una discusión sobre ese punto con usted. Un abogado que defiende un punto de vista, debe de documentarse para hacer, cuando menos, un buen papel, máxime teniendo enfrente un ene-

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

migo tan hábil, tan elástico como es la mujer...

Cuándo el sol ya había traspuesto las montañas lejanas, Andrés le decía a Lita, mirándola a los opos:

—¿Me permite usted, Lita, que venga mañana a tomar un poco de té en su compañía?

Lita no dijo nada. Le alargó una mano fina, y envolviéndole en una mirada, larga y húmeda, se dirigió hacia un grupo de trabajadores que les traían un gran ramo de flores...

Desde aquel día, Andrés fué todas las tardes a tomar té con Lita, con la que cada día intimaba más. Los días de lluvia o de mucho frío, subían al piso principal. En la ancha y artística chimenea ardían los troncos de encina, llevando el calor, el bienestar a toda la habitación. Una tarde, mientras saboreaban el ambarino brevaje, Andrés preguntó a Lita:

—¿Cómo ha llegado usted a emanciparse de las ridiculeces y ñoñerías del pueblo?

—Pues muy fácilmente amigo mío. Mis pa-

dres, que tanto se preocupan de mis hermanas, jamás se preocuparon seriamente de mí; no es que no me quieran, no; pero en honor a la verdad, yo no he disfrutado de esas mimosidades que han tenido para los demás. Esto lo atribuyo, no a la falta de cariño, sino al haber estado desde pequeño separada de ellos. Por otra parte, como desde que nací, tengo, económicamente hablando, el porvenir asegurado, debo atribuir también a esto el que ellos no se hayan ocupado gran cosa de mí. También ha contribuído grandemente mi modo de ser a la educación recibida, tanto de mi institutriz como de mi tía, mujer de gran corazón, de carácter franco y decidido, enemiga de cursilerías y chismorreos que es casi la nota característica de las señoritas pueblerinas. Al principio, lo confieso, este aislamiento mío, aunque voluntario, me dió cierta pena; pero acostumbrada, hasta cierto punto, a sufrir por mi fealdad desde pequeña, me recogí sobre mí misma y poco a poco fui encontrando en

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

mi soledad y retraimiento cierto encanto, hasta llegar al convencimiento que mi mejor amigo soy yo misma; esto, lo comprendo, es algo egoísta, pero es verdad.

Este es mi modo de ver las cosas. Asusta aparentemente a mi familia, pues en el fondo creo que les tiene sin cuidado lo que haga o deje de hacer. Por otro lado, esta camaradería que le concedo a usted no estoy dispuesta a dispensársela a los señoritos del pueblo, ni a otros que sean tan insustanciales como ellos. Y no es que yo haga una excepción de usted, no; yo agradecería con toda mi alma, poder congrega[r] a mi alrededor algunas personas inteligentes, de gustos refinados, con las cuales se pudiera hablar de arte, de música, de sport y ¿por qué nó? de mujeres, pero esto es muy difícil y aquí imposible. Invite Vd. a esos señoritos que se pasan la vida jugando al billar o a las cartas en el Casino, a tomar un poco de té y al retornar al pueblo el que menos dice, que soy una Margarita de Borgoña. Es más, hace unos

días que viene usted un rato por las tardes a tomar el té y a charlar un rato conmigo y ya me ha indicado mi familia lo inconveniente de ello. ¡Claro! que ello, a mi me tiene sin cuidado; pues pienso dar a mi vida el rumbo que crea más acertado, siempre dentro de la más sana moral y al hablar de moral, no aludo a esa moral fría y ridícula de la mayoría de las mujeres españolas, sino a esa otra que permite que dos personas bién educadas, conscientes de sus deberes, aunque sean de distinto sexo; puedan dar un paseo juntos o tomar un poco de té, sin que en un rincón esté la señora de compañía, espionando sus movimientos. Y esta moral mía, este mi modo de ver las cosas es lo que me ha librado de infeccionar mis sentimientos con el ambiente del pueblo.

El año pasado estuvieron aquí, en mi casa, el Cónsul inglés, su señora y varios amigos; yo suelo ir poco a la capital, pero tengo allí buenos amigos que de vez en cuando vienen a hacer me una visita, poniendo en mi vida campesina

A N D R É S E L L E G I O N A R I Ó

una alegre nota de color. Cuando sola, entre mis libros; mis papeles de música y los quehaceres de mi finca, paso el tiempo. Al pueblo procuro ir lo menos posible y si no fuera por mi familia quizás no fuera nunca.

Andrés Suárez, poco a poco iba prendándose de Lita. A medida que la iba tratando iba descubriendo la grandeza de aquélla alma fuerte y vigorosa, los sentimientos nobles y elevado de aquél corazón todo bondad y ternura. Era fea, es decir, su cara era fea pero la esbeltez de su cuerpo, la proporción admirable que guardaba en todas sus líneas, su distinción y natural elegancia la hacían apetecible y deseable; pero ni la brevedad de sus piés, ni la nitidez de sus dientes pequeños, ni la suprema elegancia de sus manos finas y aristocráticas, llamaban la atención como sus ojos, unos ojos grandes y negros, cuya serenidad reflejaba la infinita bondad de su corazón...

Andrés había estado varias veces tentado de declararle el estado de su alma, pero algo más fuerte que su voluntad retenía su lengua. Otros sentimientos obligaban a callar a Andrés. ¿Cree-
ría Lita que él era un vulgar cazador de dotes como tantos otros? Bien es verdad que su posición económica le ponía a salvo de todas sospechas; pero ¿no había dado sendos no a otros tan ricos como élla? Tal vez él, tendría más suerte, pero en caso negativo jamás se consolaría de haber perdido aquélla cordial amistad que tantos ratos felices le deparaba y a los cuales debía la curación radical de su melancolía, haciéndole entrever un mundo de felicidad y ensueños que tal vez, en fecha no lejana, se trocaran en esplendorosas realidades...

¡Esperar! si era lo mejor, Lita, no sólo le hablaba de arte, sino que hasta le consultaba en asuntos de labranza, estableciéndose entre los dos una mayor camaradería. El arreglo de la biblioteca había sido a su gusto. En los estantes estaban todos sus autores favoritos: Pío Baroja,

A N D R É S E L L É G I O N A R I O

Valle Inclán, Pérez de Ayala, Zamacois, Azorín, Ortega y Gasset; él, gran admirador de Romero de Torres, había comprado, por encargo de ella, varios cuadros del gran pintor cordobés, así como dibujos de Penagos, Ochoa, Bartolozzi, caricaturas de Antequera, Aspíri, Khito, Baerba; cerámicas de Zuloaga y unos jardines de Rusiñol... Pero aquéllo no era sino afinidad de gustos artísticos y literarios, más, ¡pero quién sabe si aquélla afinidad artística no fundiría con el tiempo sus almas en una sola! Pero, entre tanto, lo mejor era esperar...

Un día hablaron del señoritismo español. “Para mí—decía Lita— no hay nada tan desagradable como el señorito, sea de la ciudad o del pueblo. Yo creo que es el ser más inútil de la vida española. No sabe nada de nada. Los grandes problemas de la vida le tienen sin cuidado. Toda su ideología se resume en casarse con una

mujer rica y en ser diputado de la mayoría, de esa mayoría cuya única misión, es la de aprobar con sus votos el desprestigio y la ruina de España Vd.; Andrés, no sabe la nube, no puede calcularse la reata de asnos, que rebuznan alrededor de las mujeres ricas de la capital; hasta yo, cuya fortuna es tan limitada, me veo asediada por esa chusma cada vez que voy a la capital a pasar una temporada. En cambio, no puedo por menos de hacer un caluroso elogio de la clase media y burguesa. La primera, a pesar de sus ahogos y miserias, va surgiendo, dando hombres inteligentes y cultos en todos los ramos del saber humano. La segunda, mejor preparada económicamente y mejor alimentada, se va adueñando en todas partes de los destinos del mundo y tardarán muy pocos años, en que sea la clase que absorberá todos los ramos del saber y en que el mundo le rinda vasallage como dueño y señor... Y no crea usted que yo siento odio por el señorito ya sea rico o de familia aruinada, no, odio nó; lo que siento es pena, una pena

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

grandísima hacia unos hombres que por que sus abuelos fueron coperos, cocineros, o guarda-sellos del rey tal o cual, se creen enviados del cielo y que es una bajeza ser ingeniero o médico, cuando no hay nada más noble que dedicar al día algunas horas al trabajo, ya sea material o intelectual, y siento más lástima aún hacia ellos al ver el afán que ponen en casarse con una mujer rica sea fea o bonita, y de la clase que sea; la cuestión primordial para ellos es que puedan poner unos millones de duros en cuenta corriente en el Banco de España, suprema aspiración de todos ellos... ¡Claro que no hago caso alguno! Para mí, un Pérez del Pulgar, calvo y enclenque en plena juventud, no tiene valor alguno al lado de un Rodríguez, sano y vogorozo, aun que el primero descienda del conde de Tenjilla, y el segundo del tendero de la esquina... Además el odio, o lástima que siento por todos esos señoritos, es por la insistencia y pegajosidad con que hacen el amor; lo menos que se puede exigir a todos esos cazadores de dotes es que oculten sus

apetitos de dinero con una charla amena y ciertos nobles procedimientos. Vd. me dirá que esto es hipócrita. Bien. Convengamos en éllo; pero el alma femenina por muy culta que sea la mujer, desea que la engañen, para tener ocasión de perdonar. ¡Es tan dulce perdonar!

Creo Lita—decía Andrés—que es usted demasiado pesimista, y creo que su pesimismo, desconfianza más bien de los hombres, estriba en que Vd. se cree con más defectos físicos que en realidad tiene. Creo, y éllo es fácil de comprender que ante su envidiable posición económica que muchos hombres le hayan hecho el amor, pero, ¡Tiene usted la seguridad que todos fueron hacia usted pensando en la cuenta corriente que con su dinero podían poner en su Banco favorito quien sabe si entre sus adoradores no hubo quien fué hacia usted por el color de sus cabellos, o la elegancia de su cuerpo, o la suprema distinción de sus manos, o la ingénua alegría de sus ojos, o la brevedad de sus piés o por algo que haya en su modo de ser, de andar, atractivo,

ANDRES EL LEGIONARIO

que él descubrió y que hasta usted misma ignora? En amor hay cosas inexplicables, cosas pequeñas sutilísimas, que enredan dos almas. Ocurre con frecuencia, que durante días, meses y hasta años, pasamos por el lado de una mujer, a la que no encontramos nada de particular; pero un buen día, una flor puesta en el pelo, el color de un vestido, una mirada, una posición, tal vez en ella usual, la cosa más insignificante en fin, nos hace enamorar locamente de aquella mujer, y es que hay momentos en la vida en que uno por muy egoísta que sea, se encuentra dispuesto para todo lo noble y generoso; la vida le parece a uno cosa bella y buena, las flores, hasta las más modestas, tienen un perfume distinto; el cielo nos parece más azul; en ese momento el alma dormida en el fondo de nuestro ser se va a los ojos, balcones del alma, todo lo encontramos alegre, cordial; una dicha infinita nos invade y en este momento nos quedamos prendados de los primeros ojos femeninos que

nos asaltan y sin preocuparnos de más nada, nos enamoramos como un colegial”

.....

“Sí, sí, estoy de acuerdo con usted—decía Lita—Ese hombre tal vez haya pasado por mi lado, quizás me haya hecho el amor pero no ha sido constante, de haberlo sido, yo le habría descubierto, y créame usted que si yo encontrara un hombre que me amara por mi misma, aunque fuera el último de mis pastores, Lita se casaría con él, sin titubear un momento; pero no, amigo mío, tanto en la capital, como en el pueblo oigo decir lo mismo: ¡Qué rica es! Todos admiran mis vestidos, mis medias de seda, mis alhajas; todos envidian mis riquezas; a mis oídos llegan frases odiosas ¡Qué felicidad poder casarse con una mujer tan rica! Pero a ninguno oigo decir; esa mujer, por su bondad, por su alma noble y generosa, abierta a todos los sentimientos sería una esposa ideal...”

La tarde caía lentamente. La esquila de la ermita tocaba el angelus, perdiéndose el eco en los

ANDRES EL LEGIONARIO

robledales de la sierra. Sirio, brillaba en el azul tan hermoso, que parecía un sol... Lita, acodada en el aféizar de la ventana miraba tristemente a la lejanía...

¿La he entristecido a usted Lita?

¿Por qué? Estoy triste hoy como lo estuve ayer, como lo estaré mañana. Para mí que nada espero, estos desahogos me hacen más bién que mal. Si desde pequeña hubiera tenido una persona a quien contarle mis penas, mis duras, mis sufrimientos habrían sido menos. Hoy su estado de animo le acerca a mí y yo apago su grata amistad, descargando mi pecho de los dolores, de los sufrimientos morales que le agobian y mañana, cuando pasado el luto, se reintegre a su vida normal, cuando sus quehaceres profesionales lo lleven lejos de aquí, será para mí una gran satisfacción el recordar estos ratos de amable camaradería y que usted, cada vez que venga al pueblo, a ver como marchan sus intereses créo que no será tan ingrato que no venga a

verme aunque no sea nada más que por recordar estas horas amables y cordiales...

¡Lita! ¡Lita!

¿Qué tiene usted amigo mío?

Nada, es decir, no se lo que tengo, sus palabras han llevado a mi alma una dulce emoción; ¡es tan grato, tan dulce oírlo a usted...!

¡Oh que romántico! ¡Si le oyeran a usted los señoritos del pueblo! Y le alargó su mano en señal de despedida.

Andrés cogió la mano que se le tendía, una mano fina, blanca y la besó apasionadamente, mientras Lita, medio desfallecida, apoyaba su cuerpo sobre el muro y cerraba los ojos, plena de emoción...



I V

Cuando estalló la guerra europea, don Timoteo García y Ruíz, tenía una modesta fábrica de calzado en Huelva. Por mediación del cónsul de Portugal en la citada plaza, un agente de los aliados le encargó unos miles de zapatos. Don Timoteo, metió personal y cumplió el compromiso. El agente, hombre listo, conocedor del corazón humano, vió en el zapatero un ave derapiña; hablaron y pronto se pusieron de acuerdo, y por las costas y fronteras portuguesas, empezaron a entrar mercancías en gran escala, que después en barcos aliados eran trasladadas al frente francés.

Un día el Gobernador civil de la Provincia,

tan probo y moral como don Timoteo, llamó a este a su despacho oficial. La entrevista debió ser cordialísima; lo que se decía de don Timoteo debían ser patrañas, pues cuando todos esperaban que este ingresara en la cárcel por acaparador y por otras muchas cosas más, vieron, con el natural asombro, que la primera autoridad gubernativa se deshacía en cumplidos y acompañaba al odiado acaparador hasta el descansillo de la escalera.

La prensa antidinástica arremetía despiadadamente contra D. Timoteo; pero éste no hacía caso de aquellos depravados envidiosos y seguía tranquilamente introduciendo víveres por las costas portuguesas, sin dejar de comprender, que si no había patata en el mercado era por que él y otros de su calaña las embarcaban; pero aún reconociendo quē hacía mal, cada día extendía más el negocio, dando ello por resultado que al terminar la guerra europea, se encontraba con tres o cuatro millones de pesetas,

ANDRES EL LEGIONARIO

que de haber hecho caso de socialistas y republicanos no los habría tenido nunca.

Al terminar la guerra, don Timoteo, marchó a Madrid, no solo por que la capital de España atrae a los provincianos, sino por que encontraba demasiado pequeño el escenario de una capital de provincia para sus nuevos proyectos.

Don Timoteo, gran conocedor de los hombres, alquiló un lujoso hotel en Rosales; puso a su hija en el colegio más caro de Madrid; compró tres automóviles de las marcas más caras rodeándose de todo el boato correspondiente a un millonario.

Al año, Don Timoteo, era consejero de varias compañías de seguro y ferrocarriles, caballero de la legión de honor, conde del Arbol sagrado y Presidente honorario de varias sociedades benéficas y efectivo del Círculo católico obrero del distrito. En política habíase declarado Ciervista, no por simpatías al político murciano, sino en agradecimiento a la famosa Real orden, que permitió a Don Timoteo la exportación de unos

miles de toneladas de arroz, que tenía acaparada. En sus salones, los viernes, se reunían los más distinguidos de la política, la banca y las letras, según contaba "Jhon Boy", en sus crónicas de gran mundo.

Desde que se estableció en Madrid, los veranos los pasaba en San Sebastián, siendo raro el día que los periódicos no relataran algo referente a la generosidad del millonario. Los periódicos no decían nada de don Timoteo; hablaban sí de la generosidad de un señor X; pero pintaban también las cosas que todos veían en el señor X al millonario señor García Ruíz.

Cuando alguna otra noche entraba en el salón de juego del gran casino, el pánico se apoderaba de todos, pues tenía una suerte loca; pero él no abusaba; ganaba unos cuantos miles de duros, y se marchaba, repartiendo sonrisas y apretones de manos y al día siguiente el consabido rasgo altruista del señor X. Esta estudiada generosidad le valió al millonario el que el Ayuntamiento denostiarra pidiera para él la

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

Cruz de beneficencia, aunque con el voto en contra de los socialistas; pero este voto en contra no tenía importancia puesto que sabemos que los socialistas son enemigos de los millonarios.

Al completarse la educación de la niña, don Timoteo, presentó a su hijo en los salones del hotel, en una gran fiesta, obteniendo Margot, un exitazo por su juventud y belleza. Desde aquélla noche, una nube de cazadores de dotes revoloteó alrededor de la joven millonaria y aún cuando a todos consentía con ninguno llegó a éntusiasmarse.

Aquéel año, después de la semana santa y feria sevillana, tuvo el capricho de ir a la Sierra.

Necesito—decía a su padre—tonificar mis nervios. Ésta temporada de fiestas y emociones han arruinado mi sistema nervioso; necesito ir a uno de esos pueblecitos donde se acuesta uno a las diez de la noche y se levanta a las seis de la mañana; pues pasar la primavera en Madrid,

en el estado de nerviosidad en que me encuentro, me costaría quizás una enfermedad.

El Médico opinó lo mismo. Campo, sol, mucho sol, la sierra con sus aires puros era lo más indicado para tonificar a la niña, cuyo sistema nervioso necesitaba mucho reposo.

El Gobernador Civil, íntimo de la familia, propuso que fueran a Galarosa; el cacique de ese pueblo era íntimo de él.

Se organizó todo y dos días después, una caravana de seis automóviles entraban en Galarosa, ante el asombro de los señoritos que dormitaban en el bar Venecia.

La presencia de Margot y su familia en el pueblo, fué la comidilla de éstas durante muchos días. El padre de Lita, cacique y Alcalde de dicho pueblo, se desvivía por complacer al millonario, habiendo puesto desde el primer día a su disposición una preciosa quinta que poseía en la carretera y que solía alquilar a elevado precio a los veraneantes. Los primeros días, Margot, hizo una vida metódica, de acuerdo con las

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

prescripciones facultativas; pero aquéllo duró poco. Aquélla muñequita necesitaba como complemento de su vida, una corte de aduladores que constantemente estuvieran rindiendo pleitesía a su belleza y sus millones, y como se aburría sola,, se propuso y lo consiguió; cambiar la vida del pueblo, para lo cual organizó bailes, tómbolas, y giras.

En los salones de la quinta, se dieron banquetes suntuosos, amenizados por los mejores músicos de la capital. A todas aquellas fiestas, era invitado Andrés, así como los demás jóvenes del pueblo, pero él, se escusaba siempre protestando al reciente luto. No hay nada que existe la curiosidad de la mujer, como la indiferencia del hombre, y si esta mujer es joven y hermosa mas aún, y esto fué lo que le pasó a Margot, acostumbrada a la lisonja, al servilismo de los demás, le molestaba que Andrés, no hubiera venido solícito al primer llamamiento, a la primera invitación agradecido y adulador como los demás señoritos del pueblo; pero ya

que aquel salvaje no venía hacia ella, iría ella hacia él; pero guardando en el fondo de su alma sordo rencor hacia aquel abogadete orgulloso, esperando la ocasión propicia para humillarle y hacerle comprender, la diferencia que había entre él y la hija del millonario Sr. Ruiz. Y como tampoco concurriere al último baile dado por Margot, esta expuso ante el padre de Lita, el deseo de visitar el castillo desde el cual, le habían dicho que se veía un magnífico panorama.

Nada más fácil—dijo el cacique galarosano—mi amigo Andrés, se considerará muy honrado con vuestra visita.

Andrés, por cortesía, tuvo que hacer los honores de la casa. La impresión que le produjo la familia del millonario fué desagradable, particularmente, la niña, cuyo descoco y coq istería, llegó a irritarle. Pero la vida tiene contrastes insospechados, y Margot, sintió, desde el primer momento, gran entusiasmo por Andrés y su carácter voluble, su corazón voluntarioso le

ANDRÉS EL LEGIONARIO

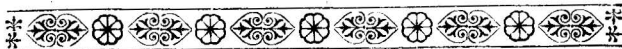
dijo que aquel era el hombre soñado que lejos de él no había felicidad posible. Desde aquel momento puso toda su astucia de mujer en cazarle, en conquistar a aquel mozo culto, refinado, pero amigo de su libertad, de sus sentimientos o tal vez enamorado de aquella Lita, fea sí; pero de una suprema elegancia.

Andrés, se dió cuenta del juego y se puso en guardia, no dando el menor pretexto para que la visita se repitiera y aunque solícito y amable se veía el deseo de que lo dejaran solo; Margot, con gran habilidad, procuró quedarse a solas con él, unos momentos, pero Andrés se le escurría hábilmente y los deseos de la niña no pudieron realizarse.

Margot, la muñequita mimosa y coquetuela, bajó triste y pensativa del paseo. Al llegar a su casa y verse en el espejo tan hermosa, al contemplar las redondeces de sus senos blanquísimos, su boca pequeña, de labios rojos y sesuales, al contemplar la estructura de su cuerpo divinamente modelado, sintió que una ola de

F. S I L V A R O J O

rabia, de despecho, invadía todo su ser y habría caído al suelo de no haberla sostenido su doncella.



V

Desde la visita del señor Ruiz y su familia al Castillo, la vida de Margot, cambió radicalmente. Se acabaron las fiestas, los bailes y banquetes.

Margot se levantaba muy temprano, daba un gran paseo por la carretera y después volvía al pueblo; visitaba los enfermos pobres, socorriendo y aliviando todas aquellas miserias que veía. Sus faldas antes cortísimas, cubrieron sus piernas, vestía con mucha sencillez, dando una grata impresión de modestia.

Lita y Andrés comentaron este cambio de frente de la millonaria. Lita, mujer al fin, conocedora del corazón femenino, vió en aquella nueva "posee" de la niña rica y mimosa, el afán de agradar, de llamar la atención de Andrés; calló sus impresiones, pero en la soledad de su cuarto, lloró amargamente, pues su instinto de

mujer, y de mujer enamorada, le había dado a comprender que Andrés, poco a poco, se iba enamorando de ella; pero ante aquella rival, más joven y por añadidura hermosísima, todas sus ilusiones vinieron estrepitosamente a tierra, pues no se sentía con fuerza para luchar contra aquella mujer joven y bella, que veía, con honda pena, interponerse entre las dos.

A Andrés le sucedía todo lo contrario; cada día estaba más jovial, al sentirse cada día más enamorado de Lita, y al observar que ésta empezaba a mirarlo de diferente forma que se mira al amigo, y al observar en ella un leve afán de coquetería que antes no existía. Todo esto le llenaba de íntima satisfacción y en sus ratos de ensueño, veía el cuerpo gentil de la amada, la armonía de sus líneas, sus ojos negros de sedosas pestañas, sus labios rojos como amapolas, sus trenzas de oro viejo y al pensar que todos aquéllos encantos llegarían a ser suyos, un tie nervioso sacudía su cuerpo.

Una tarde, estaba Andrés, preparándose para

ANDRES EL LEGIONARIO

ir a Villa Lita, cuando un criado del millonario le llevó una carta, en la cuál este le suplicaba que fuera a verle para un asunto urgente de su profesión. Andrés tuvo intenciones de disculparse, pero le pareció una grosería no acudir al llamamiento de un forastero, máxime estando en cama según le dijo el criado.

Don Timoteo Ruiz, le recibió en la cama. “La gota, amigo mío—le dijo—, la maldita gota”. Créame Vd. que muchas veces recuerdo con pena mi modesto vivir de antes. Todos ambicionamos las riquezas, y, sin embargo, amigo mío, —lo sé por experiencia—éstas no dan la felicidad... Hace años—siguió don Timoteo—era yo relativamente pobre y era feliz. No padecía de gota, ni de asma; podía comer de todo; hoy ya Vd. me vé, en cama, gota, asma y no sé cuantas cosas más, pues cada nueva eminencia médica que veo descubre nueva enfermedad... Pero veo que le estoy robando un tiempo precioso; por lo tanto voy a explicarle para que le he molestado haciéndole venir. Vamos al asunto:

Yo embarco X cantidad para Marsella, pero no sé por qué causa no me llega sino el 75 por 100 de la mercancía; luego la compañía tiene que abonarme, no sólo la mercancía que me falta, sino los daños y perjuicios que esto me irroga

—Bien—dijo Andrés—¿pero usted ha hecho las gestiones necesarias acerca de la compañía.?

—¡Ya lo creo! La compañía está dispuesta a abonarme la mercancía, pero no los perjuicios y aún cuando se trata de una pequeñez, quiero enseñarle a esa gente el trato que debe dar a las personas decentes.

Bueno—dijo Andrés—esta noche estudiaré el asunto y mañana le diré si me encargo de él.

Andrés consultó el caso con Lita.

No puedo—decía Andrés—transigir con esa gente. Muy amables, muy finos, pero cada vez que estrecho la mano del señor Ruiz, su contacto me produce un asco tal, que mi cuerpo se estremece todo, como sacudido por una corriente eléctrica. He dicho que volveré y he mentado.

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

Le pondré cuatro letras diciéndole que no puedo encargarme de su asunto.

Yo creo—dijo Lita—que debe usted aceptar, los móviles que guían al señor Ruiz los ignoro, tal vez sean el no querer molestar en sus asuntos de la corte, según le ha dicho, a su abogado, sea éllo lo que sea; a usted le conviene aceptar. Si el asunto es fácil, mejor; su triunfo será mayor; pues ellos serán los primeros en pregonar su talento y tras de ese encargo vendrán otros y con un poco de suerte llegará usted a tener una buena clientela, no todos los Abogados empiezan defendiendo a un millonario...! Si se niega usted, ellos serán los encargados de decir a todos que usted es nulo; se dirá que no tiene usted talento y si algún día se quiere usted dedicar a la carrera, por sport o por necesidad, encontrará serios obstáculos para abrirse paso. Acepte usted amigo mío, y si hay algo oculto en todo esto, la vida se encargará de ir descubriéndolo.

El sol había traspuesto las altas cumbres de

la sierra. Nubes blancas, rosas, anaranjadas, naufragaban en un mar de ópalo. Una copla serrana resbaló por el espacio. La fanfarria de una rucra de machos cruzaba el camino, la campana de la ermita llamaba a la oración, en el cielo intensamente azul, aparecieron las primeras estrellas... Lita, de pié, contemplaba el paisaje.

Andrés todo emocionado miraba a su amada que vestida de blanco, semejaba a una de esas buenas hadas de los cuentos de Andersen... Avanzó hacia Lita y la cogió una mano; quiso hablar y no pudo, solo un ronquido salió de su garganta.

¿Qué tiene usted Andrés?—dijo Lita sonriendo—mientras lo miraba a los ojos.

¡Qué se yó!—dijo Andrés—Quise decirle algo que ni pude ni puedo expresar en este momento. A veces, ante un atardecer como éste, ante una mujer como usted, siente uno deseos de volatizares, volverse oxígeno o perfume, para que la persona, la mujer, que está al lado de uno lo aspire por todos sus poros.... ¿Era esto lo que

ANDRES EL LEGIONARIO

yó quería decirla? Nó, nó, no acierto a decirlo, por que hay en la vida momentos tan grandiosos o tan ridículos, que no encuentra uno frases con que expresarlos...

Las sombras de la noche iba poco a poco envolviéndolo todo. Lita, retiró su mano de la de Andrés y empezó a bajar la escalera lentamente. Ya en el salón, Andrés basó apasionadamente las manos de Lita y sin decir nada salió hacia el castillo.

Lita, se asomó a la ventana y aún vió a Andrés, que desde la carretera agitaba su sombrero en señal de despedida. Aún siguió Lita largo rato en la ventana. Una angustia infinita oprimía su pecho; fué a su oratorio y ante su virgencita del Carmen rezó largo rato., de sus ojos, las lágrimas empezaron a salir callada, silenciosamente; de entre sus senos erectos sacó un medallón y lo besó con ternura de mujer y de madre... Era el retrato de Andrés...



VI

Como todos rivalizaban en ser los organizadores, nadie supo de dónde partió la idea; pero lo cierto fué que todo el pueblo salió a recibir al paisano ilustre hoy, desconocido ayer que había ganado aquel pleito formidable a una da las compañías navieras más ricas de España.

Andrés estaba asombrado. En los periódicos de la capital había leído largos, efusivos artículos hablando de su informe pleno de doctrina, digno de las grandes figuras del foro andaluz, y hasta un periódico había insinuado la idea de que en las próximas elecciones sería diputado por un distrito de la sierra. Pero cuan-

do el asombro de Andrés llegó al colmo, fué al ver que toda Galarosa, con el alcalde al frente, rodeaban el auto que la conducía, y, contra su voluntad, la muchedumbre le cogió en hombros y lo llevó al Ayuntamiento donde el público exigió les dirigiera la palabra.

Andrés, obligado por las circunstancias, habló con sencillez, con sinceridad.

Todo lo que han dicho los periódicos—dijo—es falso, absolutamente falso. He ganado un pleito que lo habría ganado cualquiera. Todo eso de la brillantez de mi informe es una patraña; el asunto estaba claro como la luz del día; no sé porque se me agasaja cuando lo que he hecho no tiene la menor importancia.

Estas palabras fueron acogidas con una salva de aplausos y lo que Andrés, en un momento de sinceridad, tan suyo, había creído que llevaría la calma a todos, demostrando con sus palabras que no había motivo para agasajarle ni ensalzarle, produjo efecto distinto de lo que él se proponía, pues el pueblo creyó que las

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

manifestaciones de Andrés eran hijas de su gran modestia, lo cual realizaba más aún su personalidad ante la masa popular, tan impresionable con los suyos. Y festejado, vitoreado, salió ya casi de noche del Ayuntamiento, y se dirigió a su casa, rendido y con un enorme dolor de cabeza. Cuando se disponía a ir a casa de Lita a refrescar su alma en aquel oasis de paz, de amor, de espiritualidad, recibió recado del millonario invitándole a la comida que daba en su honor, y a la cual concurriría el diputado del distrito, de veraneo en Aracena. Un malestar inexplicable se apoderó de Andrés, que veía, con disgusto, la intromisión de aquellos rastacueros en su vida. Aunque sin experiencia de la vida, veía en todo aquello la mano de Margot, la orgullosa niña; pero por más que se deshacía en suposiciones, no alcanzaba a comprender los móviles que perseguía con todo aquello. Por un momento pensó si Margot estaría enamorada de él; pero esta suposición la rechazó por absurda. Lo que

él veía era que Margot quería coquetear con él, y tal vez humillarle delante de gente, vengándose así de su frialdad y poca admiración que su belleza le había causado. Y ante el temor de quedar en ridículo, se propuso ser cauto y estar el menor tiempo posible cerca de ella. A las ocho bajó al pueblo. Una tristeza muy grande invadió su alma. La idea de que se tramaba algo contra él en la sombra rozó su pensamiento; poco a poco la idea fué tomando cuerpo hasta llegar a obceccionarle, y estuvo tentado de volver atrás, de marcharse al castillo, o ir a pedir hospitalidad a Lifa, contarle sus temores, su miedo... Pero aquello era absurdo.

Se sentó un rato en un banca; el aire fresco de la noche le refrescó un poco y más dueño de sí entró en la quinta.

La preciosa quinta en que vivía el millonario parecía algo fantástico entre las sombras de la noche. Por todas partes artísticas combinaciones de luz eléctrica y flores, muchas flores y plantas, desde los tamarindos de la India

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

hasta las esbeltas palmeras del desierto.

El millonario recibió a Andrés con los brazos abiertos, presentándolo a las señoras; entre éstas sobresalía por su belleza la mujer del diputado: una rubia espléndida. Después fué presentada al diputado, hombre grueso, vulgar; pero de grandes influencias en la política andaluza; después, más presentaciones: el secretario del Gobierno civil, periodistas de la capital, varios financieros amigos de don Timoteo, y un poeta gordo y melenudo que hacía versos festivos.

La comida fué espléndida. Una orquestina tocó trozos de ópera durante la misma. Al deslatarese el champagne empezaron los discursos, largos, latosos.

El diputado le prometió un acta; un periodista le señaló como una futura gloria del foro español; otro le excitó para que cultivara la sociología, en la cual le esperaba un gran porvenir. A las doce, la señora del secretario, una morenita preciosa, dijo que se iba a organizar

un baile. Don Timoteo, el diputado y los financieros pasaron al fumador y los demás invitados al gran salón de fiestas de la quinta. Andrés, que solo había cambiado con Margot un ligero saludo, no tuvo otro remedio que sacarla a bailar.

Margot comprendió lo forzado del cumplido y le invitó a bajar al jardín.

La noche estaba espléndida; el olor de las rosas, de las clavellinas, embalsamaban el ambiente; de vez en cuando, una ráfaga de aire traía de la sierra el aroma delicado y sutil de romeros y mejoranas. Bajo el luar de plata de la noche, las notas dulces, acariciadoras de los violines parecían subir por los viejos troncos de los árboles, trepar por sus ramas, confundirse con el éter y en ráfagas sonoras, armoniosas, esparcirse por la sierra para alegrar con sus notas de cristal a los pastores serranos, en sus largas, en sus interminables horas al pie de los rebaños, ojo avisor ante el temor de ser atacados por los lobos hambrientos...

A N D R E S . E L L E G I O N A R I O

Margot, al llegar al jardín, se colgó del brazo de Andrés y empezó a hablar.

—Le traigo a usted al jardín porque le ví a usted triste, aplanado. Veo, amigo mío, que sigue usted tan huraño como antes; no parece sino que siente usted por mí, por todos nosotros, odio, disgusto. ¿Por qué, Andrés? En cambio, sentimos por usted una gran admiración, por su sencillez y por su talento. Cuando subimos al castillo, estuvo usted frío, casi descortés conmigo; sabía que era usted huraño, pero no lo creí hasta el punto que usted se mostró, y, sin embargo, yo en vez de molestarme, de creerme ofendida, he procurado granjearme su amistad, sus simpatías, y cuando esta noche esperaba que usted, con decisión y alegría por su triunfo viniera usted hacia mí a sacarme a bailar, veo que vacila, se entristece, y viene usted hacia mí con un gesto doloroso, como el que va a cumplir una misión tristísima e ineludible...

Andrés esntía un malestar horrible; le ardía

la frente y su cabeza era un caos de ideas a cual más contradictoria.

—Tiene usted razón, Margot—dijo al fin—; soy un poco huraño. Con respecto a usted no tengo ningún prejuicio, no puedo tenerlo; lo que pasa es que usted está acostumbrada a tratar con jóvenes más decididos o más adúladores; yo, como provinciano, campesino, mejor, soy un poco rudo; no es culpa mía, sino del ambiente en que me he criado. Por lo demás, estoy agradecidísimo a las atenciones que, tanto su familia como usted, han tenido y aún tienen conmigo.

Callaron.

La luna en el cenit parecía una enorme hostia. La fanfarria de una recua de machos resbaló en el azul. Los violines derramaron sus notas de cristal por el jardín en sombras. Andrés no acertaba a decir palabra alguna. Margot, cada vez se apoyaba con más fuerza en su brazo, sintiendo sobre él el roce de aquellas carnes semidestnudas, magras, plenas de juven-

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

tud y de vida... Los violines, como obedeciendo a una consigna atacaban las notas acariciadoras de "Bohemios", "amor es gloria, amor es vida..." Andrés sentía que el perfume de aquella carne joven le iba trastornando los sentidos...

Ahora los violines con sus notas dulces, sollozantes, iban desparramando en la noche, la carta de *Molinos de viento*... "Tus miradas, tus miradas dicen amores, trisetzas, dichas y ensueños... esperanzas, esperanzas y alegrías..."

Andrés sentía arder su sangre moza... Margot dió un pequeño grito y habría caído al suelo de no haberla sostenido aquél.

—¿Qué le ha pasado a usted, Margot?—preguntó solícito.

—Nada, no es nada; que me he lastimado un poco el pie.

—¿Quiere usted que llame?

—No, no; si no tiene importancia; lléveme usted a un cenador que está ahí cerca; creo

quedesde que descanse unos minutos se pasará el dolor.

Andrés vaciló un segundo; pero al ver un gesto burlón en los labios de Margot, la cogió en brazos.

El cenador estaba al fondo del jardín. El contacto de aquella carne magra, iba poniendo en su sangre ardor de infierno; pero una figura augusta se interpuso entre los dos: Lita. Margot, que seguía la graduación del atenazamiento de las manos de Andrés, al notar que éstas perdían su virilidad, al desaparecer la pasión, el deseo, que le comunicaba a la sangre, vió perdida la esperanza que pusiera en su estratagemá, de hacerle suyo. Y antes de sentarse en el banco del cenador, se abrazó a su cuello y sus labios se incrustaron a los del deseado, y un beso largo, sonoro como un latigazo, rasgó el silencio de la noche. Andrés, frenético, loco, se arrojó a ella; sus manos febriles rompieron sedas, encajes; los senos, como palomas asustadas, saltaron de su prisión... Pero en aquel

ANDRÉS EL LEGIONARIO

momento, una mano de hierro sujetó a Andrés, al mismo tiempo que le repelía hacia un lado. Andrés se volvió rápido y se encontró con don Timoteo que, como un barba de melodrama le apuntaba con la "Star". Andrés Suárez sintió que algo muy grande, muy santo, se rompía dentro de su pecho. La niña se había desmayado. A las voces del millonario, empezaron a llegar los invitados. Don Timoteo seguía con su postura melodramática de padre ofendido. Andrés vió el ridículo, la vergüenza de aquella situación, y haciendo un esfuerzo supremo avanzó hacia el alcalde, y con voz serena, clara, le rogó que pidiera al señor Ruiz su hija para él... Después apartó el brazo del señor Ruiz y salió del cenador, del jardín, y se marchó a su casa.

Unos días después, Lita recibía una carta de Andrés, contenida en estos términos:—"Amiga Lita: Mi inexperiencia de la vida, por un lado, y caballeorsidad por otro, me ha hecho caer en un lazo hábilmente tramado. Adiós para siem-

F. S I L V A R O J O

pre. Su recuerdo vivirá en mí lo que dure mi vida.—*Andrés.*”

Lita, al leer la carta, que venía a confirmar lo que todo sdecían, sintió una congója enorme, y cayó ante su Virgencita anegada en llanto...



VII

A los dos meses de matrimonio, pasado el arrebatado amoroso de Margot, Andrés comprendió que sus caracteres eran incompatibles. Bastaba que a uno le pareciera una cosa bien, para que al otro le pareciera mal, y así hasta lo infinito. Ante esta divergencia de carácter, tanto don Timoteo como su mujer, en vez de llevar la paz entre ellos, de ser, por sus años, lazo de unión entre los esposos, en vez de aminorar los disgustos entre los dos, lo que hacían era apoyar a la niña en sus menores caprichos, apoyando la voluntariosidad de Margot y exacerbando los nervios de Andrés, hasta su máxima tensión. Bastaba que Andrés reprendiera a Margot lo más insignificante, para que aquellas

dos fieras cayeran sobre él, llamándole pueblerino, intransigente, egoísta y demás vocablos zapateriles de aquellos ratacueros. Andrés estaba desesperado sin saber lo que hacer, ni qué camino tomar. Su mujer se había desligado por completo de él y se pasaba las horas en los campos de deportes, los dancings, rodeada de una coorte de aduladores que le acompañaban hasta la misma puerta de su hotel. El, aunque ni antes ni después, había sentido gran simpatía por Margot, creyó, basado en el amor de ella, que con un poco de diplomacia por parte de él llegarían, sino a la felicidad, al menos a entenderse y a hacerse grata la vida conyugal, rodeándola de un nimbo de sinceridad y sana alegría, que a pesar de sus sobrehumanos esfuerzos y su infinita condescendencia, no duró más allá de dos meses, el tiempo necesario para hartarse de las caricias y los besos del hombre deseado. A partir de aquí, el fuego, la pasión, fué substituída, primero con la frial-

ANDRÉS EL LEGIONARIO

dad, más tarde, con la indiferencia más absurda.

Andrés, ante el fracaso de su vida, calló. No decía nada a su mujer; la dejaba hacer lo que le daba la gana; se pasaba el día en la biblioteca nacional o cogía su pequeño Renault y se iba a Getafe o a cualquier pueblecito de los alrededores de Madrid. No concurría a teatros, ni a los "cines" de moda, por temor a encontrarse con su mujer.

Andrés callaba; pero, en su interior, íbase formando la tormenta y ésta no tardó en estallar.

Una tarde, Margót se presentó en el hotel, acompañada de un deportista, de anchas espaldas y manos de gañán. Los dos pasaron por delante de Andrés, que se encontraba fumando en el hall, sin mirarle siquiera, mientras discutían si el árbitro en el partido de fútbol había estado o no imparcial.

Andrés, de un salto, se plantó ante el intruso y le dijo que lo primero que se necesitaba

para entrar en su casa era tener educación, que era de lo que él carecía.

El otro, muy hombre, con una sonrisita un poco burlesca, le dijo que le perdonara la distracción, y como si para él aquello careciera de importancia, trató de apartar a Andrés para seguir a Margot; pero aquella impertinencia acabó por exasperarle y cogiéndole por el cuello lo arrojó sobre la pared, con tal violencia, que cayó al suelo como un muñeco.

A los gritos de Margot, salió don Timoteo, que, al ver a aquel hombre en el suelo y a Margot accidentada, trató de agredir a Andrés; éste dió a su papá político varios mamporros de reglamento y tranquilo, casi contento, cogió el sombrero y se largó a la calle.



VIII

El combate fué duro. Los moros, bien armados, conocedores del terreno, hacían infinidad de bajas. Ante aquel enemigo astuto, que de cada peña, de cada chumbera hacía un baluarte casi inexpugnable, que daba la cara cuando tenía probabilidades casi absolutas de éxito, la bravura, la indomable valentía de los soldaditos de España era poco menos que inútil.

La artillería disparaba sin cesar; pero sus proyectiles al caer en los barrancones, en los accidentes del terreno, levantaban enormes columnas de polvo, pero nada más. Y cuando se creía al enemigo quebrantado, casi deshecho por la acción artillera, éste surgía con nuevo

impetu y tan pronto los infantes empezaban a trepar por la maldita loma, los moros surgían por todas partes y una granizada de proyectiles rifeños, llenaba el ambiente de gritos de dolor y derabia .

El general, jefe de la columna, no queriendo exponer demasiado a los soldados recién venidos de España, no porque su moral flaqueara, sino por su inexperiencia ante la forma de guerrear de la morisma, ordenó que avanzaran los legionarios. El jefe de éstos sacó el sable, se afianzó en los estribos y con voz serena, aunque un poco velada por la emoción, dijo: “Caballeros legionarios: Hay que tomar esa loma. ¡Viva España!” Espoleó su caballo, y, sereno, sonriente, se lanzó en busca de la muerte.

Fué algo escalofriante, hermoso, bárbaramente hermoso, el choque de aquellas dos fuerzas ciegas: la de la gümía y el machete. Al principio, algún tiro suelto; después, nada. Los legionarios seguían su penosa ascensión, y a

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

medio de la loma, los moros empezaron a surgir de todas partes y empezó la horrible carnicería, callada, silenciosa; de vez en cuando las maldiciones en todas las lenguas y los gritos de dolor y de rabia de ellos que caían para no levantarse más.

Dos horas después de empezada la lucha, tras un horrible cuerpo a cuerpo, un legionario fuerte, robusto, negro de sudor y de sangre, plantaba un banderín de la Legión en lo más alto de la loma, mientras los rifeños, diezmados, perseguidos por las granadas de los aeroplanos, corrían a refugios más seguros.

Cuando el único oficial que habían respetado las armas moras, llegó con los legionarios que habían quedado en pie a lo alto, donde estaba el banderín, vieron al legionario que lo plantara con la cara entre las manos, triste y pensativo. Al darse cuenta de la presencia del oficial y de sus compañeros, de un salto se puso en pie y saludó militarmente.

Sudoroso, cubierto de polvo, de sangre ri-

feña, irruinpió el jefe de la Legión. Su presencia fué acogida con gritos de entusiasmo, pero él, con un gesto impuso silencio, y sereno, sonriente, se afianzó sobre los estribos y gritó: "Caballeros legionarios, saludemos al heroe de esta gloriosa jornada. ¡Viva España, viva el legionario Antón Rodríguez, viva la Legión! Y ahora tengamos en el fondo de nuestras almas un recuerdo para nuestros compañeros que en un bello gesto dieron su sangre por la madre España."

Al día siguiente, el jefe de los legionarios, Millán Astray, impondió a los galones de cabo el legionario Antón Rodríguez: Andrés Suárez.

Tener un grado en la Legión, soldado de primera, cabo o sargento, conquistar estos grados por méritos de guerra, es algo excepcional y fuera de lo vulgar y corriente en el Tercio extranjero, donde uno más, otros menos, todos llevan algo oculto en el pecho que les desea buscar la muerte, la gran niveladora. Distinguirse en el Tercio es raro, pues el valor allí

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

es tan corriente que ni importancia se le dá. Pero, por encima del valor, está el heroísmo suicida de los que buscaron la muerte. Andrés Suárez, desde el primer momento buscó la muerte, pero ésta ¡femenina al fin!, tenía condescendencia inexplicable con él, saliendo de todas las acciones sin el más leve rasguño. Pero él no cejaba, paciente, la buscaba con deseo, con afán, a todas horas y en todas las ocasiones, y para ello hacía heroicidades que sólo servirían para que su nombre de guerra rodara por los periódicos, ya que se negaba a ser fotografiado. Sus mismos compañeros, asombrados del arrojo, de la bravura suicida, lo bautizaron con el remoquete de "la fiera de la Legión". Y, aunque enemigo de la popularidad, lo fué, y cuando salía al campo, únicos momentos que salía del cuartel, la gente o los soldados, según fuera en Melilla o en el campo, todos le señalaban llenos de admiración y respeto; pero él, sereno, un poco triste, agobiado por los recuerdos del pasado, solo anhelaba que llegara la hora

F. S I L V A R O J O

suprema del cuerpo a cuerpo, donde tenía la seguridad de encontrar la amada de todos los que sufrieron mucho: la Muerte...

* * *

Fué mucho días después del desastre de Annual. Melilla estaba llena de tropas. El cerco de los moros íbase alejando, pero el peligro substía aún muy cerca, casi a las puertas de la ciudad. Desde el tristemente célebre Gurugú, los rifeños no dejaban de inquietar la plaza noche y día. El alto mando estaba dispuesto a echarlos de allí, costara lo que costara, pues era preferible una operación por cruenta que fuera a la zozobra constante de un ataque de aquellos salvajes. La operación a realizarse era arriesgadísima, pues además del antedicho monte, había que tomar Tazuda, como complemento de la operación. El plan a realizar se estudió detenidamente; se oyeron todas las opiniones y bien maduro, ultimados todos los detalles, se señaló el día de la operación. Circuladas las

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

órdenes necesarias, sabiendo cada jefe el lugar a ocupar, una mañana empezaron a salir tropas de todas las Armas para el lugar de la acción. Alegres, con la sonrisa a flor de labios, cantando a media voz, se iba a la muerte. La raza hispana es así. Los legionarios, con su jeje a la cabeza, iban al combate despreocupados, casi alegres, es decir, despreocupados por la suerte que pueidra caberles como individuos en la acción a realizar, aunque cada hombre de la Legión llevaba en su cerebro un mundo de dolor, de angustias infinitas, cuyo recuerdo era una continúa tortura. Por eso nadie como ellos, en la hora suprema del cuerpo a cuerpo, en la cual buscaban con ansia la bala o la gumía que segara de un tajo la vida, aquella vida pesada, monótona, llena de recuerdos amargos o felices, que no volverían jamás...

La operación fué cruenta, encarnizadísima, especialmente en el sector de Tazuda. Los moros, dándose cuenta de la importancia de aquellos picachos, lo defendían co un tesón, con una

tenacidad enorme, increíble. Todos los ataques españoles se estrellaban ante la bravura indomable de aquellos rifeños, protegidos por los accidentes del terreno.

Cerca de las once de la mañana, ante la resistencia de los moros, el Alto Mando ordenó que avanzara la Legión. Y otra vez Millán Astray, con unas palabras vibrantes de entusiasmo, de amor a España, arengó a sus legionarios que, como fieras, se lanzaron al asalto, loma arriba, hacia la cumbre, donde tan pocos habían de llegar...

Cuando, tras de una lucha horrible de varios cuerpo a cuerpo, los legionarios escalaron el monet, fueron testigos de una escena hermosamente trágica que los llenó de estupor y admiración al mismo tiempo. El sargento Antón Rodríguez, cubierto de sangre y polvo, luchaba desesperadamente con un morazo enorme. Una angustia infinita embargaba todos los pechos. Inútil las armas; se acometían a puñetazos, a patadas, a mordiscos; el moro, más fuerte, bus-

Á N D R E S E L L E G I O N A R I O

caba el cuerpo del legionario; éste, en un momento de suprema desesperación, tendió sus manos al cuello del rifeño y apretaron, apretaron tanto que el moro empezó a debatirse por zafarse; pero las manos de hierro del legionario seguían apreatndo con tal furia que, al fin, el cuerpo del morazo cayó inerte, arrastrando en su caída al vencedor. Los legionarios dieron hurras al sargento Antón, a la "fiera de la Legión"; pero éste no se levantaba y sus compañeros acudieron a él. No estaba muerto, pero sí sin conocimiento. Costó no poco trabajo zafar sus manos, agarrotadas por el esfuerzo realizado, del cuello del morazo, y al separar los dos cuerpos se vió el trofeo que se disputaban los dos combatientes; éste era un pedazo de bandera española que el rifeño arrollaba a la cintura.

Trasladado a un botiquín de urgencia, los médicos le hicieron la primera cura, y en estado gravísimo fué trasladado a Melilla sin haber recobrado el conocimiento.

F. S I L V A R O J O

El regreso a la plaza fué triste; los legionarios había perdido más del ochenta por ciento de sus camaradas, entre ellos la “fiera de la Legión”.

Toda la noche se estuvo en el cuartel del Tercio recibiendo noticias de los heridos, especialmente de Andrés. Por la mañana se consiguió hacerlo volver en sí; esto dió más esperanzas a sus camaradas.

Millán Astray, el fundador del Tercio, el padrecito de los legionarios, supo la verdad. “Ese muchacho—le dijo un médico, amigo suyo—ha debido ser actor principalísimo de una de esas tragedias de la vida que truncan para siempre una existencia; si sana el sargento Antón, lo que creo muy difícil, quedará loco. Hay en la vida íntima de ese hombre una mujer, cuya imagen, cuyo nombre responde por Lita y está como estereotipado en su cerebro. Al recibir el golpe en el cráneo, el nombre querido u odiado, no sé, vino a sus labios, siendo el único que pronuncia.

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

—Pero, ¿usted cree que si sana de las heridas, podría sanar también del cerebro?

—Tal vez; una fuerte conmoción le ha hecho perder la razón; es posible que una gran emoción, la presencia de esa mujer, se la devolviera.

La curación del legionario fué larga y difícil. Todo Melilla, toda España mejor, se interesaba por la vida de aquel hombre. Tanto la oficialidad, como sus camaradas francos de servicio, iban a verle diariamente. Dábanle bromas, recordábanle hechos de armas; pero él permanecía insensible a todo; alguna vez que otra, sus ojos brillaban un momento y confidencialmente, como si temiera quealguien pudiera oírle decía muy bajito: “No le digan que estoy enfermo: si pregunta por mí díganle, por Dios, que estoy bien, que estoy bueno y que marché a un largo viaje; pero cuándo vuelva, iré a verla enseguida.” Luego caía en un largo sopor, como fatigado del esfuerzo realizado. Otras veces, al acercarse alguna enfermera la

decía siempre, temeroso de que le oyera alguien: “¿Se fué ya Lita? Dígale que no estoy, que no venga; es tan buena que si me viera en este estado, moriría de dolor...”

La juventud, la recia constitución de Andrés, triunfó de la muerte, y dos meses más tarde, Andrés estaba casi bueno, aunque su cerebro marchaba mal. Y fué la duquesa de la Victoria la que descifró el enigma. Interesada por el legionario, como lo estaban todos, preguntó, indagó y un soldado le dijo que conocía en su pueblo una dama muy rica a quien todos llamaban Lita. El soldado fué al hospital, reconoció en el sargento Antón a su paisano Andrés Suárez. Contó la historia de su matrimonio con la hija del millonario: dijo que antes de éste, en el pueblo, todos decían que Andrés y Lita eran novios y que después de la marcha de Andrés, nadie había visto a la dama, pues según decían no salía de sus habitaciones.

La duquesa de la Victoria consultó el caso con dos médicos alienistas muy buenos; los dos

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

estuvieron de acuerdo: había noventa probabilidades que al encontrarse Lita y Andrés, éste recobrarla la razón, dándole al caso la mayor teatralidad posible, para herir con mayor intensidad la imaginación de lenfermo. Y un buen día los vecinos de Galarosa vieron que un magnífico auto se paraba ante la casa del alcalde y que de él descendía una dama con el traje emblemático de la cruz Roja Española, y un oficial de la Legión, con el brazo derecho en cabestrillo. La conferencia fué breve y a poco salían acompañados del alcalde dirigiéndose a Villa Lita.

Entenderse dos corazones plenos de bondad, ponerse de acuerdo dos almas espiritualizadas por el dolor y los sufrimientos, es cuestión de segundos. Lita y la duquesa de la Victoria simpatizaron enseguida: antes de verse, sus almas se conocían y tras de un frugal almuerzo, el auto partió para Sevilla.

* * *

—Tiene usted en sus manos la vida de un

hombre—decía el alienista a Lita—. Nada de flaqueza en el momento de la prueba. Si se arroja en sus brazos, como espero, estréchelo usted con toda su alma: un momento de vacilación, de duda, de frialdad, podría echarlo todo a perder. Nosotros—continuó—quedaremos aquí, detrás de esta cortina: no veremos nada, pero lo oiremos todo: por la demás, no tenga usted cuidado; si la reconoce, la emoción que experimentará será tan grande que se habrá salvado, si no la reconoce, ni caso le hará.

Y Lita, algo pálida, pero serena, levantó el cortinón, y despacio, sonriente, avanzó hacia el enfermo. Este se le quedó mirando, los ojos muy abiertos; poco a poco, como fascinado por la divina aparición, se fué incorporando en el lecho. Lita, llena de bondad, ataviada con aquel traje blanco que tanto gustaba a Andrés, los ojos encendidos y la sonrisa a flor de labio, llegó hasta Andrés y dos rugidos, más que sus nombres, salieron de sus pechos; sus labios se aplastaron unos contra otros en un beso largo,

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

interminable y las lágrimas—lágrimas de alegría—empezaron a correr por las tostadas mejillas del legionario, mientras Lita, casi en sus brazos, acaciaba la testa del amado...

El médico, que presenciaba la escena con la duquesa de la Victoria y el jefe de la Legión, por un agujerito hecho en la cortina, dijo todo emocionado a sus amigos: “¡Salvado! Hoy, como ayer, como mañana, ha triunfado la juventud y el amor más fuerte que el dolor y que la muerte... Y ahora dejémosles un rato; ¡tendrán tanto que decirse!”

Tres meses más tarde, arreglado el divorcio, Lita y Andrés se casaban en la capillita del hospital. Fueron apadrinados por los Reyes, representados por la duquesa de la Victoria y el jefe del Tercio. Al salir del oratorio, la alegre comitiva se dirigió al campamento de la Legión. Su tránsito por las calles de Melilla fué triunfal; el pueblo los aclamaba, y desde los balcones una lluvia de flores cayó sobre ellos, que, emocionados, saludaban a todos como si qui-

F. S I L V A R O J O

sieran comunicar a las personas y a las cosas la alegría que rebosaba de sus almas gemelas. En el campamento de la Legión, el comandante general, impuso al sargento legionario la cruz de San Fernando, suprema distinción reservada a los heroes, a los que supieron dar por España su sangre hasta quedar enhausto... Andrés Suárez, cuadrado militarmente, con los ojos arrasados de lágrimas, veía como todos aquellos soldados desfilaban ante él en solumnade honor; pero al tocarle el turno a sus bravos compañeros, a sus leales camaradas, con los que tantas veces retornara al campamento victorioso, al ver sus rostros llenos de alegría por la distinción hecha al compañero, rompió en sollozos y a no ser por Lita que le dió ánimo, habría caído rendido por la emoción...

Y cuando, ya de noche, Lita y Andrés volvían a Melilla en su auto, éste preguntó a aquella mujer, amor de su vida:

—¿Estás contenta, Lita?

La muy amada no contestó. Sus brazos

A N D R E S E L L E G I O N A R I O

blancos y redondos atraieron la cabeza del legionario hacia sus senos, donde entre sedas y encajes se arrullaban temblorosas, emocionadas, las blancas palomas del Espíriu Santo...

F. SILVA ROJO

Puerto de la Luz, 25 de mayo de 1922.

